

si queremos vencer, nos armemos con el ayuno, ántes de salir á la campaña. Á la verdad, oyentes míos, ayunando con pureza de intencion, Dios nuestro padre nos dará sabéis qué? No lo determina el Evangelio; solo dice, que nos dará (1), *reddet tibi*; porque siendo un todo, seria como agraviar al ayuno, especificar algo; pero ya lo explica Hugo de Prato Florido (2): dará, dice, luz al entendimiento para conocer la verdad, y por consiguiente vencimiento de los errores; que aún por eso mandó su Majestad á Moises, que fuese á hablar á Faraon por la mañana (3), porque como dice Dionisio Cartujano (4), pretendia Dios desengañarle, y por lo mismo le intimó sus órdenes en ocasion, en que todavía estuviese en ayunas, para que conociese mejor la verdad. Qué mas dará? El mismo Hugo lo dice: la libertad del furor de la divina justicia: testigos son los ninivitas, que con el ayuno pudieron huir de un Dios indignado, y convertirle en misericordioso (5). Qué mas dará? Victoria de los apetitos de la carne, prosigue Hugo. Claro está, dice san Fulgencio (6), que saldrian libres los tres mancebos del horno de Babilonia (7), pues se abstuvieron de las comidas del rey; que á no ser así, dice el santo, no vencerian tan fácilmente las llamas, símbolo de los ardores de la carne. Qué mas dará? Una imitacion y semejanza de Dios, continúa Hugo; por eso excusa san Gerónimo (8) á mi padre san Pedro, cuando quiso hacer para Moises y Elías tabernáculos semejantes al de Jesucristo (9), porque es bien le sean parecidos en la honra, pues le fueron semejantes en el ayuno. Dará mas? Sí, dice Hugo: un lleno de todas las virtudes. Bien lo asegura la Iglesia, cuando en el Prefacio dice (10), que con el ayuno se destierran todos los vicios. No dice, que se reprime la gula, la soberbia ó algun otro vicio en particular, sino todos, porque á todos hace guerra, por estar acompañado de todas las virtudes. Queda mas que dar? Sí, dice Hugo; la habitacion, que hace el Espíritu santo en quien ayuna, dejándole por consiguiente, como á los apóstoles en otro tiempo, lleno de tranquilidad ó quietud interior y exterior, y triunfante ó victorioso de los apetitos de la tierra: por eso dice

(1) *Matth. c. 6. v. 4.* (2) *Hug. Prat. Serm. 1. fer. 4. Cin.*  
 (3) *Exod. c. 8. v. 20.* (4) *Dion. Cart. ibi.* (5) *Jon. c. 3. ex v. 5.*  
 (6) *Fulg. Serm. 7.* (7) *Daniel. c. 1. ex v. 8. et c. 3. v. 50.*  
 (8) *Hieron. lib. 1. adv. Jovinian.* (9) *Matth. c. 17. v. 4.*  
 (10) *In Pref. quadrages.*

san Lucas (1), que llenó el Espíritu divino á los apóstoles, porque prevenidos con el ayuno, ofrecieron decente vacío para aquel lleno. Últimamente (pues no acabaria, si prosiguiera) dará Dios al que ayuna, dice Hugo, como complemento de todas sus victorias, una segura guía para la gloria: que si camina Elías alentado hasta la cumbre del Horeb, no es cuando los cuervos le traían comida y cena de pan y carne (2), solo sí, cuando el ángel le trae la parca comida de pan y agua (3), porque, como ponderaba san Basilio (4), la nave mas ligera camina mucho mas.

Tal es, católico, la eficacia del ayuno y su importancia; infiere ya de aquí, cómo habia de vencer el demonio á Jesucristo, aunque fuese puro hombre, estando armado con el ayuno, y cómo no ha de vencerte á tí, viviendo siempre desprevenido. Debes ayunar, dice san Juan Crisóstomo (5), si has pecado, porque pecaste; si estás sin conciencia de pecado, para no pecar; si descas que Dios te haga mercedes, ayuna para alcanzarlas; si las has conseguido, ayuna para no perderlas. Sí, cristiano mio, ayunar debes; no hay duda en ello. Dime pues ahora, en qué ánimo te hallas? piensas ayunar? ¡Ó Dios, que temo hablar en vano de este punto! ¿Quién es el que al ver cerca de sí la cuaresma, no tiembla, como el mozo Tobías al ver el pez (6), juzgando que el ayuno le ha de tragar? ¿Quién es el que no busca pareceres de médicos y opiniones anchas, para librarse de la obligacion del ayuno? En el juicio divino se examinará la verdad de los informes; pero aguarda un poco; desentraña ese pez, á que tanto temes; dime, por qué no ayunas? ¡Ó padre, que yo no puedo! Y ¿de dónde sabes que no puedes, si no lo pruebas? ¿Dónde cabe que empieces la cuaresma, no por el ayuno, sino por las excusas para no ayunar? Ó Israel! decia el Señor por su profeta (7): qué temes, teniendo en tu apoyo á todo un Dios? qué podrás responder para justificarte? Servir al mundo, á la fortuna y á las pasiones, nada tiene de penoso, porque somos mundanos, ambiciosos y sensuales: sed pues cristianos, y nada encontraréis que exceda á vuestras fuerzas en el servicio de Jesucristo.

(1) *Act. c. 2. v. 2. et 15. et Tirin. in dict. vers. 15.*  
 (2) *III. Reg. c. 17. v. 6.* (3) *III. Reg. c. 19. v. 5 et 6.*  
 (4) *Basil. Homil. 1. de jejun.* (5) *Chrysost. Serm. 1. de jejun.*  
 (6) *Tob. c. 6. v. 3.* (7) *Isai. c. 43. v. 1. et 26.*

Poned si no los ojos en aquellas almas justas, que vosotros mismos conocéis, y que por un efecto de la misericordia del Señor han salido ya de los desórdenes antiguos: cuando vivian como vosotros entregadas al mundo, á los sentidos y á los deleites, eran en extremo delicadas, miraban la ley de los ayunos y abstinencias como una ley homicida, y siempre hallaban nuevas razones para excusarse de ella; pero mirádlas, despues que han entrado en los caminos de la gracia y de la salvacion, ya no miran las dispensaciones de otros tiempos como necesidades, sino como delitos; ya no tienen por incompatible la salud con el precepto del ayuno, ántes bien añaden á los rigores de la ley otros rigores voluntarios; sin tanto cuidado gozan de mas perfecta salud, y como aquellos cuatro niños judíos, que refiere Daniel (1), se puede asegurar, que deben su fuerza y robustez á una vida mas austera y á la abstinencia de las viandas prohibidas. No se ha mudado su temperamento sino su corazon; la gracia es, y no la naturaleza, la que se ha fortificado en ellas: no es la mano del hombre la que obra en sus cuerpos, sino la mano de Dios vivo es la que ha obrado en sus almas; en una palabra toda la novedad, que se deja ver en ellas, consiste en la renovacion del hombre interior.

Mudád pues vuestro corazon, y todo os será posible; mudádo bien, y veréis como no solamente queréis ayunar, sino que vosotros mismos procuraréis debilitar á un enemigo, que no guarda respeto alguno en su rebelion. ¡Oh, cómo lo practicaban aquellos antiguos católicos! Tal era el respeto con que miraban á la cuaresma, que, segun dice san Juan Crisóstomo, (2) el que no podia por motivos justos ayunar, no se atrevia á salir de su casa de corrido. Y cuál era su rigor? Oh válgame Dios! Sin embargo de gastar el tiempo y su calor natural en asistir con la mayor devocion á los oficios divinos, y en prepararse igualmente con larga oracion y con otros muchos ejercicios santos y penosos, no comian hasta despues de puesto el sol, y entónces unas yerbas ó legumbres. Ocasión hubo, dice Nicéforo (3), que faltando mantenimientos de cuaresma en Constantinopla, y habiendo mandado por eso el emperador Justiniano, que se vendiese carne, no solo no hubo quien la comprase, sino que recurrieron al emperador, y le dijeron, que án-

(1) *Dan. c. 1. v. 15.* (2) *Chrysost. Homil. 10 in Genes. ex princip.*  
 (3) *Niceph. l. 17. Hist. cap. 32.*

tes querian morir, que faltar á la observancia cuadregesimal. Ó confusion de los cristianos de estos tiempos! Ahora todo es indulgencia de parte de nuestra madre la Iglesia, y aún así son muy pocos los que quieren de veras ayunar. ¿Qué haréis, cuando en el juicio que os aguarda, os ponga Dios delante el fervor de aquellos fieles primitivos? ¿Qué responderéis, cuando os muestre la severidad de sus ayunos? Parecerán entónces justas vuestras excusas? En aquel dia terrible se verá.

Pero yo quiero dar por supuesto, que ayunéis: sea por cierto así; pero quiero saber tambien, cómo ayunáis. Á seis redujo Paludano (1) todas las clases del ayuno; ayuna el enfermo, porque no puede comer; ayuna el pobre, porque no tiene; ayuna el avariento, por no gastar; ayuna el guloso, por mas comer; ayuna el hipócrita, por el aplauso; y ayuna el virtuoso, por el mérito. Ved en cuál clase de estas se ha de poner vuestro ayuno. ¿Es ayunar entregarse á la conversacion, al juego y á las vanas diversiones para no sentir el ayuno? ¿Es ayunar dilatar las horas del sueño, por acortar las del ayuno, cuando con el penitente Rey se debia prevenir la aurora, para unir nuestras oraciones con las de la Iglesia, y ofrecer al Señor las primicias de un dia, que debe ser santificado con la penitencia? ¿Es ayunar poner en el dia de ayuno mas cuidado en el comer? ¿Es ayunar tanta invencion de comidas, guisados y sainetes, cuando en sentir de san Basilio (2) y san Ambrosio (3), llamaron los antiguos á la cuaresma descanso de cocineros? Esto, dice san Agustin (4), no es guardar abstinencia, sino mudar y aumentar el regalo; será, cuando mucho, lo que baste para no quebrantar el precepto; pero no para el fin de la mortificacion, que Dios y nuestra madre la Iglesia pretenden con el ayuno.

Fieles de mi corazon, en este tiempo de penitencia, en este, en que nuestra vida deberia ser mas simple y comun, como decia san Leon antiguamente (5); en este, en que deberíamos sustentar á los pobres de Jesucristo con lo que nos cercenásemos á nosotros mismos; en este, en que, por hablar con palabras del Apóstol (6), nuestra abundancia deberia servir para

(1) *Palud. Enarr. in die Cin.* (2) *Basil. Homil. 1. de jejun.*  
 (3) *Ambros. lib. de Elia, cap. 8.* (4) *August. Serm. 37.*  
 (5) *Leo, Serm. 85. cap. 3.*  
 (6) *II. Ad cor. c. 8. v. 14.*

socorrer la escasez de nuestros hermanos, ¿no hemos de usar de mas simplicidad en las comidas? ¿En este sagrado tiempo se ha de poner mas cuidado y artificio, para suplir con mil aderezos la simplicidad de las viandas, de que es preciso usar? En este tiempo de lágrimas, y amargura ¿se ha de lisonjear mas al gusto, se ha de avivar mas la sensualidad, la comida ha de ser mas exquisita y los gastos mas excesivos? En una palabra, en este tiempo de gracia y de bendicion, en este que debería ser santificado con la penitencia, ¿han de ser las comidas mas célebres y famosas para el apetito? Ó locura de los hombres! ó embeleso de las almas! ¿Qué es de admirar, que triunfe de ellas el demonio sin embargo de sus ayunos? Ay, fieles míos! ayuno sin mortificacion ni penitencia no merece nombre de ayuno, porque se pierde su mérito, dice el angélico doctor (1). Prevéngase pues con un ayuno severo el que no quiere ser vencido, que á este fin, y para darnos ejemplo, ayunó Jesucristo cuarenta dias, sin comer ni beber en todos ellos. Esto es lo que debe ser, y esto lo que pretende la Iglesia en todo tiempo, y con especialidad en este sacratísimo, en que nos hallamos.

Qué resta pues, cristiano? Ya quedas convencido de la debilidad y flaqueza del demonio, despues que le venció Jesucristo; ya quedas desengañado de que si te vence, sin embargo de sus cortas fuerzas, es porque temerario entras en los peligros, y porque incauto te desarmas para la guerra, que debes hacerle de continuo. Qué resta pues, vuelvo á decir? ¿qué resta ya, sino que con la luz de este desengaño estudies en el conocimiento de ti mismo, para confundirte? ¿Qué resta, sino que aprendas lo mucho que debes á tu divino Maestro y Redentor, para esforzarte? Aborrecible vileza es, que teniendo á un Dios todopoderoso y á sus ángeles en tu favor para la victoria, y no teniendo para los vicios mas que al demonio tan débil, despues que Jesucristo le venció, sea el demonio quien triunfe de ti, y no triunfes tú de su miserable flaqueza. Al arma pues contra el demonio y contra las culpas, que, como dijo el Apóstol (2), este es el tiempo aceptable para la milicia cristiana; este de la cuaresma santa, que así lo entienden san Leon (3) y san Ambrosio (4); este es el tiempo, en que á vista de toda la corte ce-

(1) *Div. Thom. 4. ent. quæst. 15. art. 4. quæst. 3. ad 2.*

(2) *II. ad cor. c. 6. v. 2.* (3) *Leo, Serm. 2. et 4. quad.*

(4) *Ambros. Serm. 27.*

lestial salimos á la palestra, como decia san Pablo (1); este es el tiempo, en que, como dijo David (2) y explica san Vicente Ferrer (3), abre Dios con mano liberal los tesoros de su infinita misericordia, para socorrer á los soldados de Jesucristo; este es el tiempo, en que ofrece Dios coronas inmarcesibles á los que legítimamente pelearen (4). ¿Quién pues no se anima, para entrar en la campaña? ¿quién no se abraza con la cruz y penitencia para satisfaccion de sus culpas? ¿quién no llora, quién no se confunde á vista de su ingratitud contra un Dios, el mas fino y amoroso?

Ea, fieles míos, *ecce nunc tempus*, vuelvo á decir con la Iglesia nuestra madre; este es el tiempo de penitencia y de nuestra salud eterna; no porque para el pecador no debiera ser toda la vida una continua penitencia, sino porque la Iglesia, que ve con dolor que son muy raros los verdaderos penitentes, ha instituído estos dias de salud, para impedir á lo ménos que el espíritu de penitencia se extinga del todo entre los fieles. Mirád pues este sagrado tiempo, como una corta expiacion que os pide ahora por vuestros delitos: hacéd á lo ménos que lo que en él padecéis, pueda reemplazar en la presencia de Dios lo que dejáis de sufrir en lo restante del año; hacéd que estos cuarenta dias purifiquen los demas. Vuestra vida en otro tiempo estaba sepultada en los deleites, la ociosidad y el regalo; pues ¿qué razon puede haber para no reparar estos descuidos, cuando tenéis ahora la ocasion? ¿Es posible que miéntras la Iglesia gime y está cubierta con sus vestidos de luto y de tristeza, queráis vosotros vivir alegres? ¿Es posible que miéntras sus ministros lloran entre el vestíbulo y el altar, andéis vosotros buscando los placeres, los recreos y diversiones? Cuando todo anuncia los penosos misterios de un Dios que padece, ¿vosotros habéis de vivir encenagados en una delicadeza indigna? Oh, no lo permita el cielo! ántes bien confundíos de que se os pida tan poco, despues de unos excesos, para cuya satisfaccion no bastaria una vida llena de trabajos; confundíos de que el fervor y la alegría, por decirlo así, de este sacrificio de penitencia sea equivalente en la presencia de Dios para satisfaccion de vuestras culpas.

(1) *I. ad cor. c. 4. v. 9.* (2) *Psalm. 101. v. 14.*

(3) *Vinc. Ferr. Serm. 2. sab. ant. Dom. 2. quad.*

(4) *II. ad. Tim. c. 2. v. 5.*

Penitencia pues, fieles míos; rásguense nuestras carnes, perezca nuestro cuerpo, como no perezca nuestra pobre alma; esto es lo que nos importa, que todo lo demás nada vale: penitencia pues, vuelvo á decir, que si no, somos perdidos. Ay de nosotros, que caímos y pecamos! ay de nosotros, si no lloramos con vivas lágrimas de sentimiento! Quién pues no llora? quién no se arrepiente? quién no se deshace en vivas lágrimas de dolor? Á Dios hemos ofendido, oyentes míos, y á Dios mismo hemos de pedir sin dilacion misericordia; llegád pues á sus plantas soberanas, si queréis hallar remedio: llegád arrepentidos por lo pasado, y con firme propósito de perseverar contritos toda la vida. Ya veis cuál ha sido hasta ahora vuestro modo de vivir, bien sabéis, que todo el infierno es cortísimo castigo para vuestras execrables ingratitudes; vuestras torpezas, vuestras blasfemias, vuestras embriagueces, vuestras vanidades, vuestros rencores, en fin, un sinnúmero de culpas, están clamando al cielo por venganza: llegád pues, vuelvo á decir, á los piés de vuestro Redentor, pero deshechos en vivas lágrimas de dolor y sentimiento; llegád con humildad y confianza, que al fin, aunque hijos ingratos, está pronto para daros un abrazo como al Hijo pródigo, si os arrepentís con firmeza. Hay quién desprecie esta ocasion tan amorosa? Oh, no lo permitáis, Dios y padre amabilísimo! Pero si acaso lo hubiere, llorád, cielos, á este infeliz, llorád, tierra, á este desdichado; cortesanos de la gloria, Virgen santísima y madre de pecadores, rogád por este miserable, para que no se pierda la sangre de vuestro Hijo. Pero qué es lo que yo pienso? Había de haber en mi auditorio pecador tan obstinado? ¿había de pisar el suelo de este sagrado templo pecador tan rebelde y endurecido? No, fieles míos muy amados, no pienso tal desvarío. Todos pues, todos con gran confianza pidamos misericordia: no la merecemos, es verdad, pero ahí está Jesus nuestro padre, nuestro bien y nuestro amparo; ahí le tenemos pronto para suplir con su sangre lo que falte á nuestra disposicion: buscádle pues humildes y reconocidos, si queréis hallar consuelo; buscádle con lágrimas fervorosas, que al fin es el perdon y el consuelo único de pecadores.

Mas, ó Jesus y redentor de las almas! ó piélago de caridad y de amor! ¿Quién será capaz de consolarme, despues de haberos ofendido? ¿qué alegría podré hallar, habiendo sido in-

grato á mi mismo Padre, rebelde á mi Criador y despreciador de mi Dios? ¡Pobre de mí, ó Jesus amabilísimo! pobre de mí, si vos no me amparáis; pobre de mí, pues de piés á cabeza me veo lleno de culpas y maldades! Pero ¿quién, Señor, sino vuestra gran bondad me ha sufrido? ¿quién sino vuestra gran bondad me ha esperado? Ea pues, Dios amantísimo, sea hoy el dia dichoso en que logre hacer las paces con vos. Vos sois Jesus, que es lo mismo que Salvador; salvád á este pobre, infeliz y miserable pecador. ¡Oh, cuán grande ha sido mi ceguedad! qué horrible mi desacato! Me aparté de vos, que sois luz de mis ojos, vida de mi alma, alma de mi corazon y potencias; me aparté de vos, y perdí al momento la gracia, y con ella mas que lo que valen mil mundos. Oh qué locura! oh qué desgracia! oh qué desdicha! Pero ay, Dios amoroso! ya lo hecho no tiene remedio, y nos pesa con toda el alma; ya lo hecho no tiene remedio, y pedimos por lo mismo perdon y misericordia.

Ó Reina de los ángeles! ó soberana princesa! ó María sacratísima! madre sois de pecadores humildes; apiadáos de estos infelices, que imploran vuestra clemencia; postrados nos tenéis á vuestras plantas, doléos, Señora, de nuestras miserias; compadecéos de nuestras desdichas, y alcanzádnos de vuestro Hijo dulcísimo unas lágrimas fervorosas, un corazon contrito, un gran dolor y sentimiento por haberle ofendido tantas veces: esto es lo que deseamos, y ojalá fuese con tal fortaleza, que se nos rompiese de pena el corazon. Hay alguno que se excuse? Oh no lo permita el cielo! Ánimo pues, fieles míos, para obligar á María y á su Hijo soberano; ánimo y aliento para llorar vuestras culpas; no más ingratitud contra un padre tan amoroso, no más ofender á tan infinito bienhechor: lloremos sí nuestros pecados, y clamemos con amargura diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo etc.*